

de personas mayores que era imposible contar (1). En Valladolid, en Granada, en Valencia, y generalmente en todas las ciudades donde se había establecido la Compañía, vemos introducida esta práctica de enseñar y cantar la doctrina cristiana por las calles (2).

Gustarán nuestros lectores de escuchar la descripción de una célebre doctrina ejecutada en Alcalá, tal como la trae el P. Alcázar, quien tomó los datos de Ribadeneira y de otras relaciones antiguas. Había entrado novicio en Alcalá un doctor muy conocido, llamado Pedro Balbás: «El día de Todos los Santos de 1571, dice Alcázar, se armó una doctrina, cual nunca se había visto en Alcalá. Hubo muchos pretendientes para llevar la campanilla; mas por voto común de cinco diputados, se adjudicó al P. Balbás, que con grandes instancias la pedía; y se repartieron las cañas, una al P. Vice-rector, otra al P. Mtro. Deza y otra al P. Ministro, que había de ir como maestro de ceremonias. Nombráronse ocho Hermanos, para que cuatro fuesen entre los niños poniéndolos en orden, y los otros cuatro cantasen las oraciones á trechos. Concertada de esta suerte la doctrina, se comenzó á mover aquel ejército cristiano, convocando el P. Balbás al son de la campanilla la gente; la cual acudió en tanto número, que costaba dificultad defender á los niños para que no los atropellase la multitud. Asombrábanse todos de ver la serenidad, modestia y gravedad religiosa del P. Balbás, el esmero y cuidado con que á sus tiempos daba los golpes y hacía llamadas. Con esta gran comitiva llegó la doctrina á la plaza de San Justo, donde no se podía romper por el tropel del concurso, y habiendo sacado fuera á los niños, porque no los ahogasen, hizo una fervorosa plática el P. Vice-rector con grande utilidad y provecho de los oyentes. Las avenidas de la gente fueron tan grandes, que no pudo volver la procesión en orden. El P. Balbás se entró como pudo por la calle de la Justa, mas cuando asomó á la plaza del mercado, siendo tan capaz parecía estrecha, por no caber en ella la turba de hombres y mujeres que le fueron siguiendo hasta nuestra casa» (3).

Por los hechos aducidos en este capítulo habrá podido entender el lector la variedad de formas que nuestros antiguos Padres daban á la predicación, el celo apostólico con que la ejercitaban, y al mismo tiempo los abundantes frutos espirituales que con ella conseguían en el católico pueblo español.

(1) *Ibid.*, II, f. 22 y f. 33.

(2) *Ibid.*, I, p. 150.

(3) *Crono-hist. de la Comp. de Jesús en la prov. de Toledo*, t. II, p. 328.

## CAPITULO VII

### OTROS MINISTERIOS CON LOS PRÓJIMOS

UMARIO: 1. Visita de las cárceles y hospitales.—2. Peste en Murcia, Valencia, Gandía y Barcelona, en los años 1558 y 59.—3. Asisten los jesuitas á los galeotes enfermos en Sevilla el año 1563.—4. Pestes en Zaragoza, Logroño, Burgos y otras ciudades, desde 1564 hasta 1572.—5. El confesonario. Muchedumbre de personas que se confesaban con los Nuestros, aprovechando notablemente en espíritu.—6. Santa Teresa de Jesús dirigida por el P. Álvarez y por otros confesores de la Compañía.—7. Ejercicios espirituales que se daban en nuestros colegios.—8. Reforma de monasterios de monjas.—9. Trabajos para convertir á los moriscos. La casa del Albaicín.—10. Asistencia en los ejércitos. Batalla de Lepanto.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. *Cartas de San Ignacio*.—2. *Monumenta Xaveriana*.—3. *Epistolae mixtae*.—4. *Litterae quadrimestres*.—5. *Regestum Lainez*.—6. *Regestum Borgiae*.—7. *Obras de Santa Teresa*.—8. *Epistolae Hispaniae*.—9. Ribadeneira, *Historia de la Asistencia de España*.—10. *Litterae annuae prov. Siculae*.

1. Con la predicación ejercitada en tan diversas formas, se daban la mano otros ministerios de caridad espiritual y corporal, que siempre han sido y serán eficacísimos para la santificación de las almas. La visita de las cárceles y hospitales llamó siempre la atención de nuestros primeros Padres, y en todas las relaciones cuatrimestres ó anuas de la Compañía se hace siempre alguna mención de los consuelos y alivios que se han prestado á los presos y á los enfermos. Con estas obras edificaba, principalmente en Salamanca, el P. Miguel de Torres, cuando se empezó aquel colegio.

«Edifican en gran manera, dice el P. Juan Pablo Álvarez, las obras santas y pías en que el P. Dr. [Torres] se ocupa, las cuales confunden, y en especial á los letrados, que tienen más particular noticia de él; y en especial en la obra que el P. Doctor hace en la cárcel de esta ciudad, predicándoles los domingos, confesándoles y ayudando á bien morir, y á los condenados acompañándolos hasta la horca, con mucha devoción; demás de eso, ayudando á las necesidades de los presos pobres, de manera que le tienen por padre los pre-

sos. Y los oficiales de la cárcel y los de la casa de consistorio se han confesado con él, y el corregidor y otros, y tiene por la gracia del Señor tal mano, que ha remediado muchos y hecho remitir las penas ó las deudas ó el tiempo de la prisión, y sacádoslos fuera de la cárcel, y á los pobres de ellos haciéndoles mucha limosna » (1).

La asistencia de los enfermos se recomienda de suyo á quien pretende ejercitar la caridad con el prójimo. Entre las pruebas que San Ignacio señaló para los novicios, fué una el servir á los enfermos en los hospitales. Cuando más campeó esta caridad de los Nuestros, fué al tiempo de las pestes, que en aquel entonces solían ser mucho más terribles que en nuestros días. Los años 1558 y 59 ofrecieron hermosa ocasión á los Padres que moraban en la parte oriental de España, para mostrar su acendrada caridad.

2. Empezó una horrible pestilencia en Murcia. Salieron de la ciudad á toda priesa los que podían huir del contagio, y, lo que es peor, muchos de los que debieran, por razón de su oficio, cuidar de los pobres enfermos. Triste idea nos dan del estado á que se vió reducida la ciudad estas palabras, que el rector de nuestro colegio escribía al P. Laínez: «Ha visitado nuestro Señor esta ciudad con pestilencia, y ha sido tanto el miedo que en su principio le cobraron, que apenas ha quedado gente en la ciudad que se pudiese ir. Es cosa que no se puede decir la dispersión tan extraña, que no se ha tenido uno con otro, ni vecino con vecino, ni deudo con deudo, unos por montes, otros por campos, otros por huertas, otros por villas y ciudades, donde se han podido recoger. Queda casi desolada y destruída, si Dios no lo provee » (2).

En tal aprieto y necesidad, consagróronse nuestros Padres al socorro espiritual y temporal de los apestados. El P. Antonio Hontova, rector de nuestro colegio, sacó de allí á sitio seguro á los Hermanos estudiantes, con un Padre que los gobernase, y quedándose en Murcia él con otros tres Padres y cuatro Hermanos coadjutores, aplicáronse todos á la tarea. Día y noche trabajaban en confesar á los moribundos y administrarles el Viático. Y porque mucha gente vivía, como ahora, diseminada por la huerta de Murcia, salió un Padre llevando el Santísimo Sacramento en un copón, y, discurrendo una y dos leguas á la redonda, confesaba á los enfermos que encontraba en los caseríos y tal vez tendidos debajo de los árboles, y, dándoles

(1) *Epist. mixtae*, t. II, p. 178.

(2) *Epist. Hisp.*, I, f. 388.

el pan de vida que consigo llevaba, les disponía para una santa muerte. Edificó mucho esta caridad á los murcianos, aunque no dejó de ser costosa para nuestro colegio, pues murieron en tan santa obra cuatro sujetos: el rector mismo del colegio, P. Hontova, el P. Gaspar López, el P. Marcelo y el H. Pedro de Cabrera. Otros fueron heridos de la peste, pero sanaron (1).

Pronto se extendió la peste al reino de Valencia, y nuestros Padres se prepararon para los ejercicios de caridad. Como había en el colegio de Valencia varios jóvenes y novicios que no podían servir mucho para el caso, juzgaron oportuno los superiores sacarlos de la ciudad, dejando allí tan sólo seis buenos sujetos, que fueron los PP. Martín Alberro, Alonso Lozano y Pedro Parra, con los Hermanos coadjutores Roque Ruiz, Saravia y Martín de Gaona. Estos seis empezaron á trabajar sin descanso en el socorro de los pobres. Los Hermanos les buscaban limosnas y los demás alivios temporales de que necesitaban en su enfermedad. Los Padres les disponían á bien morir y les administraban los sacramentos. Fué Dios servido que ninguno de los tres Padres padeciese de la epidemia; pero ésta, en cambio, se llevó á los HH. Gaona y Saravia é hirió al tercero, aunque no le quitó la vida (2).

Declaróse presto la epidemia en Gandía, cuyo colegio tenía por rector al P. Antonio Cordeses, que tanto se había de distinguir como Provincial de Aragón. Este prudente superior retiró de nuestro colegio á la gente joven, que pudiera peligrar, y él, con algunos Padres y Hermanos, quedóse en la población socorriendo á los apestados. Repitiéronse en Gandía las hazañas de caridad que se habían visto en Murcia y Valencia, aunque aquí fueron acompañadas de mayor duelo, ó de mayor gloria, si se quiere; pues el morir por la caridad es la muerte más insigne que hay en la Iglesia, después del martirio. «Fué nuestro Señor servido, dice Ribadeneira, que todos los compañeros del P. Cordeses muriesen de la peste, á los cuales él servía en la enfermedad, y, muertos, los enterraba de noche con secreto, por no alterar el pueblo, y todo esto hacía con gran paz de su alma y seguridad, sin alterarse poco ni mucho. Guardó Dios aquella vez casi milagrosamente al P. Cordeses, para que muchos años como fiel obrero y ministro suyo le sirviese, y acabase después la vida en

(1) Ribadeneira, *Hist. de la Asist.*, I, 2, c. 13.

(2) Sobre la peste de Valencia pueden consultarse dos cartas del P. Parra, escritas el 6 de Enero y el 2 de Junio de 1558. *Epist. Hisp.*, I, fs. 461 y sigs.

otra pestilencia que hubo en Sevilla el año 1601» (1). Cerca de Gandía se había apostado en una ermita el P. Gonzalo Pertusa con un Hermano coadjutor, para asistir á los enfermos, que, en sintiéndose atacados de la peste, se hacían sacar de la ciudad para respirar el aire puro del campo. Prestó muchos servicios á estos enfermos, y así él como el Hermano fueron heridos del mal. Sanó el Padre, pero su compañero fué á recibir en el cielo la corona de su caridad.

Casi por el mismo tiempo apareció la peste en Barcelona. Pocos eran siempre los jesuitas que allí residían, pues á pesar de ser la ciudad tan importante, y escala, digámoslo así, de los Padres que iban y venían de Italia, con todo eso, tardó mucho en cobrar fuerzas aquel colegio, y por los años de 1559, de que vamos hablando, reducíase la comunidad á tres ó cuatro Padres y otros tantos Hermanos. Ofreciéronse todos animosamente al peligro, alentados con las buenas disposiciones que la gente mostraba para confesarse. «Da mucha alegría, escribe el P. Gesti, rector del colegio, ver la facilidad que hay en persuadir á todos lo que les cumple, porque están todos tan dispuestos, que no parece sino que salen todos de la primera semana de los Ejercicios» (2). Admirable fué la caridad de los Nuestros, pero costosa. Todos murieron con el P. Juan Gesti, rector del colegio, excepto un Hermano coadjutor que se llamaba Gaspar Pérez, «de gran virtud, dice Ribadeneira, y que había sido el enfermero de todos» (3). Veinte sujetos arrebató á la provincia de Aragón esta peste de 1558 y 59 (4).

3. Cuatro años después sucumbían cinco de los Nuestros en Sevilla, víctimas de su caridad. En los últimos días del año 1562 nuestro ilustre marino D. Álvaro de Bazán, después de haber padecido una tempestad horrible que sepultó en las olas muchas naves, recogióse á Sevilla con siete galeras para pasar el invierno y reparar las dolorosas pérdidas de la armada. El trastorno ocasionado por la tormenta, y el haberse tragado la mar los principales recursos de D. Álvaro, hizo que los soldados, y más aún los galeotes que venían al remo en las siete galeras, padeciesen mucha necesidad. Hallándose en este estado, por Febrero de 1563, empezó á dar á los galeotes una dolencia que nuestras cartas llaman romadizo, y que debía ser pro-

(1) *Hist. de la Asist.*, l. 2, c. 14.

(2) *Epist. Hisp.*, 1, f. 454.

(3) *Hist. de la Asist.*, l. II, c. 14.

(4) *Regest. Lainez*, 1559-1564, p. 4.

bablemente la enfermedad tan célebre en nuestros días con el nombre de *influenza*. Como los infelices yacían en tan profunda miseria, la dolencia solía ser mortal en casi todos, y empezaron á morir desamparados de todo favor humano.

Advertidos los Nuestros de esta necesidad, al punto el P. Bustamante, superintendente del colegio de Sevilla; el P. Avellaneda, rector, y otros dos Padres con cuatro Hermanos coadjutores, corrieron á las galeras llevando consigo algunas cestas de pan, higos, pasas y otras provisiones para alivio de los dolientes. Traspasados de dolor quedaron nuestros Padres al ver la miserable estrechura y el abandono á que se veían reducidos aquellos desventurados galeotes. Nadie cuidaba de ellos, ni en lo espiritual ni en lo temporal, y cuando alguno moría, el cadáver era arrojado á la orilla del Guadalquivir, y allí se quedaba hasta que venían ciertos enterradores de la ciudad, los cuales, sin ninguna ceremonia, lo llevaban á la sepultura.

Observando los Nuestros cuán difícil era asistir á los enfermos en la estrechura de las galeras, propusieron á D. Álvaro sacarlos á una casa cualquiera, donde se les podría curar mejor. Alguna dificultad hubo en esto, por ser costumbre en aquellos tiempos no permitir á los galeotes saltar en tierra. No obstante, D. Álvaro, como tan buen caballero y tan cristiano, respondió que si la Compañía enviaba personas que se encargasen del hospital, que él mandaría alquilar una casa y le pondría. Sin vacilar se ofrecieron los Nuestros á tan buena obra. Entonces D. Álvaro alquiló una casa, y los Nuestros diéronse á buscar por la ciudad camas, ropas, vajilla y los demás utensilios necesarios en un hospital. Amueblada la casa, fueron trasladados á ella ciento diez de los enfermos más graves, y como se vió que aun quedaban muchos en las galeras, se alquiló otra casa contigua á la anterior, y allí se acomodaron otros sesenta ó setenta.

Aposentados así los dolientes, púdose atender mejor á su curación y remedio. Tres ó cuatro Padres acudían continuamente á confesar á los moribundos, les administraban el Viático y la Extremaunción y les exhortaban á recibir la muerte ó á sobrellevar los trabajos de esta vida con cristiana paciencia. Los Hermanos coadjutores cuidaban de administrarles el sustento y las medicinas, y, por fin, acudían también algunos de nuestros Hermanos estudiantes á enseñar el catecismo á los convalecientes, muchos de los cuales se hallaban harto necesitados de instrucción religiosa. Mucho edificó á la ciudad de Sevilla esta caridad de nuestros Padres, y viéronse venir al hos-

pital religiosos de otras Órdenes, señaladamente franciscanos y agustinos, para compartir con los Nuestros la asistencia de los pobres galeotes.

«Ha sido cosa, dice la carta cuádrimestre, de grande edificación, así para religiosos como para seglares, chicos y grandes, por ver la obra que tomó á su cargo la Compañía, que *una omnium voce* se dice que, si no fuera por ellos, se hubiesen muerto casi todos los galeotes y sin sacramentos. Acude mucha gente á visitarlos y van muy edificadas, y más el Sr. D. Álvaro y sus capitanes y soldados, viendo una cosa tan nueva, y tan buena, y tan poco usada por sus antecesores. D. Álvaro, viendo la mucha caridad de los Padres, ha pedido y pide con mucha instancia, se le den dos de los Nuestros que siempre anden consigo en las galeras, y no cesa de lo pedir y procurar» (1). No se pudo acceder por entonces á los deseos del insigne marino, pero esos deseos muestran bien la grata impresión que llevó de la caridad de nuestros Padres.

Nada dice la carta cuádrimestre de lo que costó á los Nuestros esta obra de misericordia, porque cuando ella se escribió, el 20 de Febrero de 1563, aún no se había resentido la salud de ninguno; pero mes y medio después, el P. Avellaneda, en carta al P. Laínez, nos informa de las pérdidas gloriosas padecidas en esta ocasión por el colegio de Sevilla. «Nuestro Señor ha visitado este colegio, dice, llevándose para sí en poco más de un mes, cinco de los Nuestros, un Padre, un Diácono y tres Hermanos, los cuales enfermaron por haber curado á los enfermos remeros que aportaron aquí y estaban en extrema necesidad» (2). El Padre se llamaba Sancho López; tenía solamente treinta años de edad y cinco de Compañía. Eran estudiantes los Hermanos Juan Gómez, Jerónimo López y Andrés Segura. El último que cayó fué un Hermano coadjutor, llamado Alfonso, que tuvo el consuelo de hacer los votos en su lecho de muerte entre las lágrimas de todos los circunstantes, que se enternecían al ver la devoción y piedad del moribundo.

4. El año 1564 declaróse la peste en Zaragoza y en Logroño, y en ambas ciudades ejercitaron heroicamente su caridad los hijos de la Compañía, sacrificando generosamente su vida por los prójimos. Unos veinte sujetos formaban la comunidad de Zaragoza cuando asomó en la ciudad el contagio. Dispuso el P. Provincial de Aragón,

(1) *Epist. Hisp.* v, f. 19.

(2) *Ibid.*, f. 479.

Antonio Cordeses, que, dejando en el colegio cuatro Padres y otros tantos Hermanos para servir á los apestados, se saliese el P. Román, entonces rector, con los restantes á paraje seguro. Hubo sus dificultades para hacer esta división de la comunidad, porque todos querían quedarse en el peligro y todos se ofrecían á servir á los enfermos. Señalados por fin los que debían quedarse, les hizo el P. Román una plática muy tierna, exhortándoles á la caridad del prójimo, y se despidió de ellos, saliéndose con los restantes fuera de la ciudad.

Aplicáronse con denuedo los ocho designados á los oficios de la cristiana caridad. Los Padres, por de pronto, oían en confesión á los pecadores que venían al colegio para reconciliarse con Dios, los cuales eran más numerosos y mejor dispuestos que de ordinario, como suele suceder en tiempo de peligro. Después salían á visitar á los enfermos y les preparaban á bien morir con los santos Sacramentos. En algunas parroquias, que por muerte del párroco y por la fuga de otros sacerdotes habían quedado casi abandonadas, suplieron nuestros Padres en cuanto pudieron los ministerios parroquiales. Al lado de los Padres iban continuamente los Hermanos coadjutores, proporcionando á los contagiados todos los auxilios temporales que la caridad podía recoger. Viendo el pueblo la solitud de aquellos hombres, que se multiplicaban por servir á todos, no cesaba de admirar tanta virtud, y cuando pasaban los jesuitas por la calle, desde las ventanas les echaban los vecinos mil bendiciones.

Caridad tan heroica no podía dejar de ser costosa. En efecto, de los ocho jesuitas que servían á los apestados, perdieron la vida seis. El primero cayó el H. Diego Torrecilla, todavía novicio, hombre de admirable obediencia y candor. Siguiéronle el H. Antonio Asensio, también novicio, y el H. Diego Díaz, de nación portugués, tan fervoroso en las obras de piedad, como diestro en los oficios manuales. En pos de los Hermanos fueron cayendo los Padres. El primero fué Juan Fernández, que tres años antes había entrado en la Compañía, ya sacerdote. Á éste siguió el P. Juan Pablo Moxica, maestro de novicios algún tiempo y entonces ministro del colegio de Zaragoza, hombre de ejemplar mansedumbre y modestia. El último sucumbió el P. Alonso Lozano, que algunos años antes había hecho sus primeras armas en esta obra de caridad sirviendo á los apestados de Valencia. Diez y seis años llevaba de Compañía, y en todo este tiempo se había mostrado siempre operario fervoroso, asiduo en el púlpito y en el confesonario, y dispuesto siempre á sacrificarse por la salvación de las almas.

No fué menos duro que en Zaragoza el trabajo de nuestros Padres en Logroño. Habiéndose desencadenado una peste horrible, los Nuestros, que poco antes habían entrado en aquella ciudad, pudieron borrar con las hazañas de su caridad la mala impresión que algunos enemigos habían producido en Logroño contra la Compañía. Cuando con más estrépito salían de la población las personas principales, huyendo del contagio, el P. Martínez, rector del colegio, subió al púlpito, y habiendo animado al pueblo y exhortándole á poner su confianza en Dios, prometió á todos que ninguno de los seis jesuítas residentes en Logroño saldría de la ciudad, y que allí estaban todos seis dispuestos á servir á los apestados. Fueron aceptados sus servicios, y el buen P. Rector, seguido de los otros, trabajó incansablemente, no sólo en administrar los Sacramentos, sino también en buscar limosnas para los pobres. Tan edificadas quedaron todos de la caridad de nuestro rector, que algunos ricos le entregaron las llaves de sus graneros y provisiones, para que tomase cuánto quisiese en beneficio de los pobres. Mientras de este modo ejercitaban los Nuestros la caridad religiosa, les llegó la hora de morir. El primero cayó el P. Rector, que murió el 17 de Julio de 1564. Siguióle el P. Miguel Montiel, y por fin sucumbió el P. Tomás de Yanguas. También fueron atacados de la peste los tres Hermanos coadjutores, pero sólo murió el H. Juan Escudero (1).

El año siguiente, 1565, visitó la peste á la ciudad de Burgos y á su comarca. Repitiéronse en esta ciudad los ejemplos de caridad y heroísmo que hemos visto en Zaragoza y Logroño, y como término de tan gloriosos trabajos, bajaron al sepulcro cuatro jesuítas: el rector, P. Gaspar de Azevedo; el P. Álvaro Ortiz, predicador ordinario del colegio, y dos Hermanos coadjutores llamados Pedro y Monserat. La pérdida más sensible fué, sin duda, la del rector, hombre eminente en las virtudes religiosas. Había nacido en Valladolid el año 1518, y estudiada la gramática y la filosofía, cursó la carrera de medicina. Algún tiempo ejerció su ciencia, sirviendo de médico y cirujano; pero empezando á confesarse con un Padre de la Compañía, sintió fervientes deseos de la perfección religiosa y de la dignidad sacerdotal. Para conseguir ambos fines entró en la Compañía, siendo de treinta y un años de edad (2). Concluído su noviciado, estudió dos años de teología en Gandía, y ordenado de sacerdote, fué

(1) Ribadeneira, *Hist. de la Asist.*, l. 4, c. 5.

(2) Roma, Arch. di Stato. *Examina Patrum*, S. J. Gaspar de Azevedo.

trasladado á Burgos, donde gobernó el colegio cerca de diez años.

«En todas las virtudes, dice Sacchini, pero principalmente en la oración y penitencia, era insigne el P. Azevedo. Empleaba cada día muchas horas en la oración, era sumamente parco en la comida y el sueño. Dormía sobre las desnudas tablas. Nunca probaba el vino, y los viernes solía ayunar á pan y agua, sin contar otros ayunos que á menudo hacía. Disciplinábase todos los días; llevaba una cadena ceñida al cuerpo, y, además, solía ponerse frecuentemente algún cilicio. Uno de ellos se encontró en su aposento luego que expiró. Era tan grande, que debía cubrir al Padre desde el cuello hasta los pies, y tan áspero y escabroso, que sólo verlo daba miedo» (1). Con esta penitencia se disponía á la misión de las Indias, que mucho había deseado; pero Dios conmutó esta empresa en la no menos gloriosa de sacrificar la vida por la caridad de sus prójimos.

Algunos otros Padres y Hermanos, fuera de los nombrados, ofrecieron sus vidas por la caridad, como el H. Jerónimo Morillo, que expiró en Barcelona sirviendo á los enfermos en 1564; como el P. Alonso Velasco, que sucumbió en Sevilla en 1568; como el P. Diego de Sotomayor y el H. Diego López, que murieron en Cádiz sirviendo en una epidemia que sobrevino el año 1571; como el P. Juan Martínez, arrebatado por la peste en Toledo el mismo año, mientras ejercitaba la misma caridad. En el libro de la vida estarán sus nombres, y nosotros, después de haberlos consignado en esta breve narración, no pudiendo detenernos á especificar más tan glorioso trabajo, pasaremos á declarar otros ministerios en que se ejercitaba el celo apostólico de nuestros Padres.

5. El ejercicio de oír confesiones, así como es el más necesario y frecuente en la Iglesia de Dios, así fué abrazado desde los principios por la Compañía con especial solicitud. Desde entonces se miró y se mira siempre como una dote distintiva del buen sacerdote jesuíta la constante asistencia al confesonario. Esta costumbre de acudir asiduamente á oír confesiones, atraía, como se deja entender, una multitud de penitentes, que acudían á nuestras iglesias, seguros de hallar confesor. En la carta del P. Juan Pablo Álvarez, citada al principio de este capítulo, se dice que eran tantos en Salamanca los que venían á confesarse con ellos, que era forzoso invitarles á ir á otras iglesias, por ser materialmente imposible á los Nuestros oír tantas confesiones. En las misiones que se daban por los pueblos, sabido es

(1) *Hist. S. J.*, P. III, l. 1, n. 125.